

CUARESMA: invitación a volver al gran amor de Dios

En el tiempo de la gracia te escucho, en el día de la salvación te ayudo.
Pues mirad: ahora es el tiempo de la gracia, ahora es el día de la salvación.
(2 Cor 13,12)

Por ANA MARÍA BALDRICH y RUBÉN GRAVIÉ
Presidentes del MFC

El 13 de febrero, Miércoles de Ceniza, damos inicio a la Cuaresma, que se extiende hasta las primeras horas de la tarde del Jueves Santo, cuando comenzamos el Triduo Pascual, en que revivimos la Pasión y Muerte de Jesús como paso previo a su gloriosa Resurrección. Por ello no se puede entender este “tiempo fuerte” de Cuaresma sin la Pascua.

En la Cuaresma aparece su gran tema reflejado en el número 40, de gran simbolismo bíblico, como período de prueba y de tentación, de éxodo a través del desierto —el de Israel duró 40 años— pero también de gracia y de acción divina a favor de su pueblo.

La Cuaresma es un gran retiro espiritual colectivo, prolongado, durante una cuarentena de días para morir con Jesús en el pecado que arruina nuestra vida; y resucitar con Él a un nuevo proyecto de existencia para llevarnos a una vida en plenitud.

Todo ser humano tiene cicatrices provocadas por el mal, por la desobediencia al orden creado por Dios, por desamor. Sin embargo, Dios quiere curar nuestro corazón con potentes remedios de amor y esperanza, para que recordemos la fuerza renovadora que tiene Su gran poder y su misericordia, cuando, con corazón humilde, sinceramente arrepentido, invocamos su perdón y su ayuda para retomar el recto camino.

Podríamos afirmar que el Miércoles de Ceniza es un día de sinceridad para los cristianos, porque nos reconocemos frágiles y pecadores, necesitados de la fuerza y del amor de Dios.

Por esta razón los cristianos asistimos a la Eucaristía de ese día para la imposición de la ceniza. El sacerdote marca una cruz con ella en nuestra frente, mientras pronuncia: “Conviértete y cree en el Evangelio” o “Acuérdate que eres polvo y en polvo te convertirás”.

A partir de este día el cristiano se pone ante Dios y examina su vida a la luz del Evangelio y de las promesas de renuncia al mal que formuló en su Bautismo.

Ante el panorama de su vida, constata las veces que ha faltado al amor en sus actos: las frivolidades, los egoísmos, la indiferencia, la infidelidad, la búsqueda del placer a cualquier costo, la murmuración, la falta de voluntad, el pesimismo, la desesperación, el escaso y tibio diálogo con Dios... entre otras limitaciones y deficiencias que nos ocasionan daños a nosotros mismos y a todos los que nos rodean, especialmente a los más cercanos, los miembros de nuestra familia. Y ante esta honesta revisión de vida debemos preguntarnos llenos de doloroso arrepentimiento: ¿cómo acoger la llamada a la conversión que Jesús me dirige en estos momentos? ¿Cómo llevar a cabo un serio cambio en mi vida?

En esto nos ayudará, sin lugar a dudas, la oración asidua, la lectura orante de la Palabra de Dios, el ayuno para favorecer a otros, la asistencia a los actos penitenciales comunitarios, la ayuda a personas necesitadas, entre otros actos de piedad.

Invocando a María, la llena de Gracia para que interceda ante el Señor a fin de que esta Cuaresma no sea otra Cuaresma más, sino una CUARESMA que deje en todos nosotros abundantes frutos de conversión para ser en nuestra familia, en nuestro centro de trabajo o estudio, en el vecindario o en cualquier otro ambiente en que se desarrolle nuestra vida, signos de la presencia del Dios Vivo y Verdadero.

Que así sea.